



Gritos de gol en el silencio

Edwin Ávila y Andrés Lozano, jóvenes con limitaciones auditivas, son jugadores de la liga de futsala.

Cada vez más son las personas que no se ponen límites en la vida y superan cualquier adversidad u obstáculo que se les atraviesa en su día a día. El deporte se está convirtiendo en una opción de progreso en Colombia, y más cuando existe el espíritu de superación. Este es el ejemplo de Edwin Ávila y Andrés Lozano, dos jugadores profesionales de la Liga de Futsal (patrocinada por Argos), quienes son sordomudos y le marcaron un golazo a la exclusión de la sociedad.

Con ganas de 'yenyeré', como los caleños llaman a estar antojados de rumba, amaneció la Sultana del Valle. El ambiente era único. Se podían escuchar tres canciones, que se confundían. Las sonrisas de cada habitante se volvían una constante al intercambiar miradas. "Qué más, ve?", se saludaban unos a otros. "Chévere, amistad", se respondían, muy relajados. Era una atmósfera festiva. Así la sentían Edwin y Andrés, sin tener que oírla.

Estos dos jugadores del Deportivo Campaz de Futsal, quienes sufren una discapacidad auditiva, tenían un reto grande. Enfrentaban a uno de los mejores de la Liga, el Deportivo D'Martin, que iba a poner a prueba a los deportistas que han venido llamando la atención en Cali por su condición de discapacidad.

Ambos comenzaron este sueño de vencer cualquier límite que se les pusiera enfrente desde hace seis años. En el 2009, jugando con la selección del Valle del sector de discapacidad auditiva, Andrés Campaz, técnico de la escuadra, descubrió que, a pesar de que pudieran no llegar a comunicarse con facilidad con sus compañeros, ellos tenían las condiciones de ser profesionales y estar con personas "convencionales", como él las llama. Con la firme convicción de sentirse habitantes normales de la ciudad de Cali, iniciaron su preparación para el juego de esa noche.



Sala de Prensa

Edwin, quien es sordo profundo bilateral, es decir que no escucha el 99 por ciento por los dos oídos, salió de su casa, ubicada en Pampalinda, un barrio de estrato 3-4, de Cali. Miró a su mamá, Viviana, y con su lenguaje de señas se despidió y tomó rumbo a la Universidad Autónoma del Occidente, en la que hoy cursa sexto semestre de Ingeniería Multimedia.

Mientras Andrés, tulueño como toda su familia, y quien vive con Róbinson Marín, compañero del equipo en Cali, tomó su bicicleta y se fue a entrenar con la selección. “Como todos los partidos, siempre vivo con mucha ansiedad las horas previas a los juegos para que todo nos salga bien”, le contó a EL TIEMPO el deportista, a través de uno de los dos intérpretes de lenguaje de señas que lo acompañan, ya sea en la ‘U’, los entrenamientos o los partidos. También tiene pérdida de audición del 65 por ciento...

Horas previas

Ávila se detiene, junto al intérprete que debe llevar a la universidad para que le ayude a traducir todas las materias, en la estación del MIO. Desde ahí comienzan las miradas curiosas de las personas. Al ingresar al bus no hace más sino mirar la hora. Fija sus ojos una y otra vez en el reloj deportivo que lleva en la mano izquierda, mientras los demás pasajeros los señalan. Le pregunta a su acompañante qué es lo que están diciendo las personas, y este le responde: “Dicen: ‘Mirá, qué pesar que no pueda escuchar’ ”.

Edwin, muy tranquilo, como es su característica, dice: “Qué pesar de las personas que digan eso”.

Este joven de 24 años, de melena larga y barbado, no se deja ya amedrentar por nada. Sabe que el no poder escuchar solo hace que se vuelva más fuerte mentalmente y pueda desarrollar más otros sentidos, como la vista y el tacto.

“Lo más complicado en mi vida ha sido el estudio, porque me han hecho a un lado porque no hablo. No es fácil. Cali es una ciudad muy grande. Como tampoco escucho, debo estar atento a todo, pero con mucho corazón todo se puede hacer en la vida”, transmitió Edwin a través de su intérprete.

Ya en la universidad, se mueve como pez en el agua. No tiene problemas con ninguna persona e interactúa mucho con su cámara GoPro. Es amante de las fotos y así lo constatan sus amigos.



Sala de Prensa

Mientras tanto, al otro lado de la ciudad, Andrés se prepara para su primer partido del día. Deja su bicicleta bien asegurada, cerca del lugar de entrenamiento, se cambia rápido y va a saludar a sus compañeros de la selección del Valle del sector de discapacidad auditiva. Llevando la mano derecha a la frente y señalando a cada persona, como una especie de rutina militar, les dice “¡hola!”. De igual manera, todos le contestan a él.

Andrés Lozano (en el círculo) tiene 21 años y es tuluense. Vive en Cali y es una de las figuras del Deportivo Campaz.

“Andrés es una excelente persona. Responsable y disciplinado. Es muy trabajador. Entrena a doble jornada”, dijo el entrenador, Andrés Campaz, mientras seguía la rutina de entrenamientos de sus jugadores.

El juego para ellos es muy dinámico. Deben trabajar como equipo. Deben desarrollar un trabajo en equipo y movimientos sincrónicos que les permitan no cometer errores. “De pequeño me gustaba jugar fútbol 11 y elevar cometas. Me dio muy duro llegar al fútbol sala, por la rapidez de sus movimientos”, reconoció Andrés después de concluir la práctica y estar impaciente porque llegara el juego de la Liga.

Concluidas estas actividades para Edwin y Andrés, ambos regresan a sus casas para cambiarse, empacar sus uniformes y alistarse para el gran partido. Esa gran sonrisa se le dibuja en el rostro y combina con el ambiente festivo, que con la llegada de la noche se acrecienta mucho más.

Llegó la hora del partido

Con la hora del partido cerca, Edwin y Andrés tomaron sus bicicletas y comenzaron a moverse para el lugar del encuentro. Sin ninguna dificultad, no obstante el tráfico de Cali, llegaron al coliseo María Isabel Urrutia, el cual fue sede para las competencias de sumo de los Juegos Mundiales.

El lugar no es el mejor. Ubicado en el barrio Mariano Ramos, al oriente de Cali, este escenario queda sobre la avenida Simón Bolívar. Algunas bandas que frecuentan esa zona se disputan el control territorial. A una cuadra de ahí hay una escombrera, que se presenta predilecta para que personas se reúnan a consumir drogas. Sin embargo, para estos dos futbolistas tal eventualidad pasa inadvertida, prefieren obviarla.



Sala de Prensa

Al encontrarse, se saludan y se miran riéndose. Uno viste la camiseta del Real Madrid (Edwin), por Cristiano Ronaldo, y el otro apoya a Lionel Messi y es del Barcelona (Andrés). Se van para adentro a comenzar con sus trabajos de calistenia.

Ya en el coliseo, con un aforo para 200 personas, pero que no se llenó, se escucha música a todo volumen. En las graderías los asistentes cantan y bailan efusivamente el Ras tas tas, canción que se convirtió en un himno y que en esta zona del país, en especial, se goza de manera particular. Hace parte de su idiosincrasia.

“No es un grupo: es una barra. A veces entre los mismos colegas de trabajo decimos que van más amigos de ellos dos que nuestros. Son compañeros de la selección del Valle y del colegio. Ellos ven a Andrés y a Edwin como un ejemplo y quieren tener ese mismo impulso”, comentó el profesor Campaz.

En el proceso de calentamiento, Edwin y Andrés son los más concentrados. Quieren entregar todo para que su equipo consiga la primera victoria del campeonato. Y mientras ellos hacen eso, hay un grupo de no más de 30 personas en la tribuna. Son amigos sordomudos de ellos dos. Agitan las manos y mueven los dedos. Claro, intentan comunicarse con ellos.

Llegó la hora. Los dos equipos se paran a lo largo de la cancha y comienzan a llamar a cada jugador por su nombre.

Uno por uno, saludan a los aficionados. Edwin y Andrés son los únicos que no lo hacen. Por obvias razones, no saben que están hablando de ellos. Sin embargo, la gente comienza a señalarlos y su grupo de amigos levantan la mano derecha, recogen tres de sus dedos y solo dejan arriba el meñique y el pulgar. Ahí comienzan a agitarla, que es símbolo de felicitación en su lenguaje de manos. Ellos entienden y comienzan a aplaudir.

Ya en el juego comienzan a dar todo de sí. Edwin se altera en ciertos momentos porque al no poder hablar no logra que sus compañeros lo entiendan. El DT, muy metido en el partido, le dice: “Seguí la marca; mirá atrás”, pero rápidamente recuerda que debe es arengar a sus otros jugadores para que le hagan la cobertura.



Sala de Prensa

Los árbitros a veces no saben qué hacer. Pitan una infracción, pero Andrés y Edwin siguen con el desarrollo de la jugada; sin embargo, se toman su tiempo y los entienden. No los hacen sentir mal, sino que los apoyan.

Cuando el juego estaba por acabar, e iban perdiendo, Edwin bostezaba y emitía ruidos. Solo se escuchaba la vocal 'a'. Organizó al equipo en los momentos críticos, defendió y atacó cuando pudo. Andrés, ya en la banca, también pedía más. Llegó el momento de euforia personal. Edwin aprovechó un saque largo del arquero y, aunque estaba muy lejos, se lanzó en palomita para cabecear el balón y poner el definitivo 4-3, con el que fueron derrotados. Sin embargo, salió a festejarlo con todos sus compañeros. Apretaba los puños y volvía a emitir esa "aaaaaa" sostenida.

Aceptaron su derrota, tomaron su bicicleta y se fueron pensando en la próxima revancha deportiva. "Acá aceptaron nuestra condición de discapacidad. A pesar de todo lo que hemos vivido, nada ha sido un impedimento para salir adelante y mostrar nuestras capacidades deportivas", dejaron como mensaje conjunto.

La lucha de Edwin y Andrés le dio más validez a la frase del poeta francés Víctor Hugo: "Qué importa la sordera del oído cuando la mente oye; la verdadera sordera, la incurable sordera, es la de la mente".

FELIPE VILLAMIZAR M.

Redactor de EL TIEMPO

@FelipeVilla4

Diario El Tiempo, 5 de Septiembre de 2015. Página 28.